



## Palabras de agradecimiento de don José Toribio Medina

---

Intento vano me resultaría el que pretendiera esbozar siquiera un discurso en estos instantes tan solemnes para mí, en que el espíritu calla para que los labios puedan dar paso a las espresiones de agradecimiento de que reboza mi corazón.

A su Excelencia el señor Presidente de la República, don Arturo Alessandri, que en medio de las preocupaciones del Gobierno, siempre sabe darse tiempo para autorizar con su presencia todo acto que importe una manifestación de cultura i que, yo le auguro, la historia acojerá como uno de los mayores aplausos a su persona; al señor Ministro de Instrucción Pública, don Alcibíades Roldán, comentador eminente de nuestras instituciones patrias, de espíritu siempre sereno, catedrático eximio, i que logra el privilegio,

pocas veces alcanzado, de contar con el respeto al par que con el cariño de sus alumnos;

A los Excelentísimos señores Ministros de las naciones americanas que con su asistencia tanto realce prestan a este acto; i, en primer término, al dignísimo representante de España, madre fecunda de todas ellas, donde, antes que en parte alguna,—cosa que jamás podré olvidar—obtuve la primera distinción que se me otorgara en mi carrera literaria, sin méritos para ella, i que, sin duda, alcancé de la Real Academia de la Lengua por haberme apadrinado hombres de las talla de Menéndez Pelayo, Núñez de Arce i Alarcón; i ahora pocos años ha, otra mayor aún si cabe, elijiéndome la Real de la Historia por su socio honorario, gracia por primera vez concedida por la docta Corporación en América: seguramente porque allí se supo que había puesto al alcance de todos la documentación para escribir los sucesos de una apartada colonia jamás sometida, llenos de interés dramático i que ha permitido consignarlos sobre bases definitivas; porque había estudiado la vida del poeta que, el primero de todos, los cantó en versos inmortales, presentando a la admiración del mundo las hazañas de los que lucharon hasta la muerte en defensa de su patria contra los invasores sus compatriotas; porque había escrito las vidas i hazañas, jamás igualadas, de varios de sus exploradores de la tierra i del mar, i de los dos más grandes de todos ellos, Vasco Núñez de Balboa i Fernando de Magallanes; porque había formado el inventario de la producción intelectual de la América durante el período entero de la colonia, poniendo de manifiesto el sinnúmero de poetas, cronistas, teólogos i juricon-

sultos que la ilustraron i ennoblecieron i que han de permitir escribir la historia literaria de aquella época tan injustamente tachada de oscurantismo.

¿Cómo, después de todo esto, no aprovechar la ocasión que se me ofrece para hacer pública mi gratitud a la nación que tan cumplidamente ha querido premiar mis esfuerzos en la labor histórica por mí acometida para poner de relieve su engrandecimiento en el pasado?

I, pues me colma de honores, ¿cómo no recordar también a Portugal, cuna de hidalgos, de que procedía aquel Fernando de Magallanes, de imperecedera memoria para el mundo todo i que entre nosotros dejó vinculado su nombre en ese paso de mar que limita las tierras primeras descubiertas de la patria chilena?

Ni puedo olvidar tampoco a la remota i hermosa Méjico, que tan efusivamente me acogió cuando allá fuí—hace de esto ya veinte años—en busca de la documentación que había de permitirme poner de relieve su vastísima cultura en los siglos pasados, i que ayer no más, por iniciativa del primero de sus mandatarios, ha querido otorgarme un título de alta significación literaria, i que hoi me cumple agradecer por intermedio de su hábil Ministro en Santiago.

I, por último, como si tratara de un miembro de la familia, de una hermana, diré, mi gratitud toda a la Nación Arjentina, ligada a la nuestra por elementos étnicos de común orijen, sin otra diferencia que la que la naturaleza crea entre el hombre del llano i el de la montaña; con relaciones que datan de la época de la conquista, que continúan durante la colonia

por el intercambio intelectual i por el comercio, i que vienen a culminar en los esfuerzos recíprocos del período más memorable de la vida de ambas en el empeño i anhelos comunes para crearse una patria i al fin se resumen en el abrazo de San Martín i O'Higgins después de Maipo, que yo deseo ver perpetuado como símbolo de la unión indestructible de los dos pueblos en el futuro; no quiero diferir ni por un momento la súplica que hago a nuestro Rector para que se digne transmitir a las sabias Corporaciones de allende los Andes mis sentimientos de profunda gratitud por la forma tan jentil i espontánea con que han querido adherirse a esta manifestación pública en honor mío.

I volviendo ya la vista a esta cara tierra nuestra, al señor don Gregorio Amunátegui, trabajador infatigable en la cátedra, en la dirección ordenada i severa de la Escuela, en la minuciosa administración de un gran hospital i que como Rector de nuestra *Alma Mater* de las ciencias i las letras i heredero de una tradición de labor intensa i de progreso, quiso prestigiar en el seno de nuestra más alta Corporación directiva de la enseñanza nacional el homenaje que hoy se me tributa.

Al señor don Luis Barros Borgoño, talentoso Decano de la Facultad Universitaria a que tengo la honra de pertenecer, diplomático de fuste, dilucidador de más de un punto de nuestra política internacional, autor de obras que me hacen envidiarle el que su nombre lo repitan por su enseñanza, millares de niños en nuestras escuelas.

A vosotros todos, señoras i señores, que habéis

querido con vuestra presencia asociaros a esta fiesta en honor mío, gracias, mil gracias.

I, pues que tal dicha me cabe, justo será que consagre un recuerdo a los que, dentro de mi disciplina predilecta—digo, en el campo histórico—pudieron aspirar al lauro que no lograron, i seguro estoí que al formularlo, viene en el acto a vuestra mente, como a la mía, el nombre del más jenial de nuestros escritores, de aquel que como ninguno supo penetrar en el ambiente del pasado i en el de sus días, el más chileno de todos, puedo afirmar, don Benjamín Vicuña Mackenna. Naturaleza vigorosa, activa por extremo, hubo de rendirse, sin embargo, en edad temprana, cuando aún no contaba cincuenta i cinco años, a las múltiples tareas del periodismo, del parlamento, a las preocupaciones i desencantos de las luchas políticas, a su intensa producción histórica, que todos saboreamos todavía.

Don Miguel Luis Amunátegui, que a los veinte años empieza su labor literaria i la continúa sin interrupción durante ocho lustros, trabajando sin tregua en la enseñanza, cuyas reformas preconiza i obtiene, preocupado, a la vez, de las tareas del periodismo, i hostigado por los sinsabores de la política, en la cual tan alta figuración alcanza, cuya constitución, debilitada por tanto esfuerzo, cae al fin i paga su tributo a la muerte cuando apenas enteraba los sesenta de su edad.

Don Ramón Sotomayor Valdés, diplomático de nota, escritor correctísimo, observador acucioso de lo que vió en estrañas tierras e historiador concienzudo de un período de nuestra historia patria, que

comienza también mui temprano su carrera literaria i que fallece precisamente en el mismo año en que enteraba cincuenta de una labor reposada i en gran parte duradera.

Don Diego Barros Arana, a quien yo llamaría el Tito Livio de nuestra Historia, cuyo cultivo emprende con éxito cuando era aún un adolescente, que prosigue sin descanso dura te su vida entera, sin más lagunas que las que le demandaban sus tareas de la enseñanza, que leva ta en alto grado, estableciendo cátedras nuevas con orientaciones científicas, escribiendo los textos que para ellas se necesitaban, i que logra legarnos en su *Historia Jeneral de Chile* un precioso monumento, fundado sobre las bases que estuvieron a su alcance, i que vie e a constituir el esfuerzo intelectual más considerable que jamás se haya producido entre nosotros; i duéleme decirlo, este maestro insigne de la juventud, que enteró cincuenta años de labor nueve antes de que falleciera, no vió celebrar sus bodas de oro literarias. ¿Por qué? No sabría esplicarlo.

Pero réstame aún, saliendo ya de esta enumeración de los que fueron, traer a vuestro recuerdo a uno de los vivos, cuyo nombre ya habréis adivinado: al señor don Crescente Errázuriz. Su carrera literaria comienza en la redacción de *La Revista Católica* en una fecha tan remota como la de 1864, digamos, por co siguiente, 59 años atrás, i si todavía queremos hacer caso omiso de una labor no firmada i del momento, ahí te emos que en Abril de 1873 se estrena en un campo, que había de resultarle tan fecundo en la producción de obras históricas, con una de amplio

i sano criterio, cualidad que había de serle inseparable de su norma de escritor imparcial, ajeno a todo sectarismo, i que culmina en la admirable relación de los sucesos de la conquista de nuestro país. Pues bien ¿cómo no se han recordado esas tareas de más de medio siglo? Yo no lo sé, pero lo sospecho: ese insigne varón, ornamento de nuestra sociedad i de nuestras letras, ha tenido sus ojos fijos más en el cielo que en la tierra, donde todos sabemos que no necesita de apoteosis alguna para la gloria que alcanza i que ha de acrecentarse con el tiempo. . .

Motivos sobrados tengo, pues, para sentirme lisonjeado por esta manifestación, que envuelve un gran favor para mí, pero que, a la vez, importa un estímulo para los que consagran su vida al trabajo. ¡Cincuenta años, i cómo se han deslizado fugaces, para valerme de la frase en que el poeta de Venusa recordaba a su amigo póstumo, el rápido correr del tiempo! Porque esto es lo que hai que inculcár a los que pertenecemos a una raza bien dotada de elementos espirituales, que brillan de cuando en cuando con el fulgor de viva llamarada, pero que no producen los frutos que hacían augurar, por la falta de perseverancia, que ésta es la que ha hecho grandes a los hombres de otras naciones. ¡I qué alegría, qué consuelo, a veces, cuando se ha gastado el día con el esfuerzo de que somos capaces! La leyenda bíblica quiere que el trabajo se hubiera impuesto al hombre como una pena; pero, si fué castigo, yo diría que procedió de un padre cariñoso que, en medio de ella i como para mitigarla, hasta hacerla olvidar, puso como finalidad las dulzuras de la propia satisfacción al cumplirla. Loemos, pues, al trabajo i la constancia en él, que yo, por lo

que a mí toca, quiero confiaros un secreto, que espero sabréis guardarme, i es, que por la inversa de un poeta mui celebrado, que resumiendo su labor, decía que había trabajado poco i se había cansado mucho, i os diré que he trabajado mucho i me he cansado poco!

